

---

---

## Confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas \*

---

---

En estas confesiones sobre el arte de vivir y escribir novelas, voy a tratar de confesarme lo más que puedo. Cuáles han sido mis problemas con la literatura; cómo la literatura se ha ido convirtiendo en mi vida, absolutamente, hasta el punto de que muchas veces no he llegado ya a poder discernir ni a establecer una diferencia entre la realidad y la ficción; cómo, incluso, alguna de mis novelas, sobre las cuales se ha dicho que son profundamente autobiográficas, se han convertido, en realidad, en novelas de anticipación, de cosas que me iban a suceder fatalmente, sobre las cuales hay testigos.

Yo soy una persona que no tuvo ningún afecto por la literatura sin saber que tenía un profundo afecto por la literatura. Toda mi infancia, para desesperación de mis padres, transcurrió sin un solo libro. Si alguien me obsequiaba un libro el día de mi cumpleaños, Julio Verne, por ejemplo, o literatura infantil, yo lo ponía en la lista negra, lo odiaba profundamente. En mi yacer eterno en una cama inventaba historias en las cuales los personajes eran mis compañeros de colegio. De pronto estallaba en carcajadas, de pronto estallaba en llantos, mi madre traía al psiquiatra, etc. Éramos tres hombres en la familia, el primero era el gran heredero, había salido sordomudo; el segundo, no había heredado nada, y el tercero, era yo, la esperanza de la familia; debía heredar un duro porvenir brillante, como siempre lo he llamado yo, y había nacido en efecto con un duro porvenir brillante bajo el brazo, mucho más que un pan. Hacia los quince años, después de haber sido educado en un colegio de monjas norteamericanas, ingresé en un internado inglés, absolutamente exclusivo y absurdo, creado por un ministro de Hacienda, un brillante alumno de Oxford que comprendió que sus hijos no podrían repetir sus hazañas en Inglaterra, y entonces compró Inglaterra y le trajo al Perú. En este colegio yo fui el miembro de la primera promoción, éramos once alumnos y dieciocho profesores, todos los días nos ponían en fila con un uniforme británico, un saco rojo, una corbata con escuditos, un gran escudo de San Jorge con el dragón y en la gorra un letrero que decía: *Honore est virtus*, y, claro, cuando nos sacaban a la ciudad de Lima la gente creía que había llegado una orquesta brasileña. Fuimos profundamente incomprendidos. El director era míster Owens, un profesor de Oxford, de éstos que había traído Juan Pardo Heren, quien desvió el río para acercarlo al colegio, porque sucumbió a su nostalgia y desvió el río

---

\* Transcripción de la charla de A. Bryce en el Departamento de Español de la Universidad de Texas, Austin, el 30 de noviembre de 1982. El University Research Institute de esa Universidad facilitó la transcripción de éste y otros trabajos presentados en el Congreso de Literatura y Cultura en el Mundo Andino, efectuado en el Departamento de Español de la Universidad de Texas, en marzo de 1983.

Rimac para estar más cerca del colegio, trazó un puente y, finalmente, en una de las más fuertes crisis de inflación que tuvo el Perú en esos años, la famosa época de «la maquinita» de emitir billetes, don Juan Pardo venía y se acostaba en el colegio con nosotros y jamás iba al ministerio; todas las mañanas nos daba un discurso con un uniforme que le quedaba muy mal, porque era de uno de los niños, diciéndonos que éramos los futuros dirigentes de la patria Yo miraba a mis lados y veía cómo se le caía la baba a uno, en fin, era una cosa espantosa. Esto se fue convirtiendo en una obsesión en mi vida, pensar que tenía que asumir estas responsabilidades espantosas.

Mi familia había fracasado en su intento de años, en un centro especializado en Pennsylvania, de hacer hablar al mudo, y las responsabilidades se acercaban cada vez más a mí. Hasta que un día en el colegio, alguien a quien le conté aquello de cómo me pasaba yo siempre la vida yaciendo, inventando historias y que ningún libro me entretenía, me dijo que yo era un escritor, que lo contara en casa. Fui expulsado del comedor por mi padre, se armó todo un complot en la familia para que yo jamás fuera escritor, y pagué el tributo con siete años de estudios de Derecho, incluso llegué a creer en ellos en un momento y fundé con los futuros dirigentes de la patria, porque éramos todos muy amigos en la tontería, un estudio de abogados que se llamó Abogados Asociados, y, desgraciadamente, en las crónicas sociales de Lima le agregaron otra A y nos pusieron Abogados Asociados Aficionados. Nadie creyó tampoco en nosotros. Finalmente, en 1964, después de haber fracasado como abogado asociado, partí en un barco de la Marcona Mining Co., fugado de casa prácticamente, hacia Europa, a ser escritor. Hacía siete años que los profesores del colegio habían decidido que yo era escritor, había encontrado un lugar en la Universidad de Cambridge en Inglaterra, había aprobado los exámenes de ingreso y mi padre me había sacado de todos los aviones y barcos, en los cuales había tratado de partir; nunca llegué a Cambridge, cosa que después me gustó mucho, porque en realidad siempre preferí Oxford. Pero antes de llegar a Europa pasé siete años en Lima, desde que mis compañeros de colegio me hicieron una cena de despedida porque me iba a Francia a ser escritor; durante siete años tuve que sufrir el martirologio de encontrarlos por la calle y escucharlos decirme, «pero si ya te hicimos la cena de despedida, cuándo vas a ser escritor». Por otro lado, mi madre, que era profundamente francesa, en oposición a mi padre, había empezado a soñar con tener un Proust en la familia, eso decoraba bastante, y me ayudó en la fuga. La fuga de Proust o la del niño Goyito, no sé bien. Fue en octubre de 1964. Desembarqué en Dunquerque, donde se me cayó absolutamente todo el equipaje al mar, llegué a París, me instalé allí, encontré a un viejo compañero de colegio, comenzamos a vivir juntos, y me pasó una cosa espantosa, y es que comprendí que durante siete años se me había hecho dudar sobre mi vocación literaria. En 1965 me escapé de París nuevamente, me instalé en Perugia, en Italia, y allí empecé a escribir mi primer libro ante un espejo, para que fuera de verdad. Me bañé en lágrimas, fue una cosa espantosa, y escribí un libro de cuentos llamado *Huerto cerrado*, pero que yo le había puesto como título *El camino es así*, quería dar un mensaje a la humanidad, me imagino, porque todos los escritores cuando jóvenes creo que tenemos algo de carteros, por eso de dar mensajes. A Mario Vargas Llosa y Julio Ramón Ribeyro, que fueron quienes me acogieron en París y tuvieron confianza en

mí, les dije, miren, ésta ha sido mi vida, ésta ha sido mi historia, me miraron con infinita misericordia y me dijeron, «cualquier tema es bueno para la literatura». Volví a Italia feliz con aquel libro de cuentos que debía mostrarle a Mario Vargas Llosa, porque cualquier tema era bueno para la literatura, pero de un coche descapotable me robaron todos los cuentos, me robaron todo lo que había hecho en Italia durante un verano maravilloso. Fue algo espantoso, al final yo no sabía si yo era el ladrón o el acusado, porque habían detenido al ladrón, pero el ladrón era otro ladrón que había pasado después y que había encontrado ya el coche vacío, etc. Finalmente, decidí ir con Mario Vargas Llosa a contarle el drama que me había ocurrido con estos cuentos, y Mario Vargas Llosa se bañó en sudor frío, se puso en un estado tan espantoso que le tuve que decir que todo tema era bueno para la literatura; y empezar nuevamente a escribir ese libro de cuentos al cual Julio Ramón Ribeyro le puso el título de *Huerto cerrado*. Un libro donde pagaba mi tributo de lecturas desordenadas. Había empezado a leer tarde, empecé con un libro de Unamuno que hasta ahora no he dejado de leer, *La vida de Don Quijote y Sancho*, fue la primera lectura de mi vida, hecha a los dieciséis años, más o menos, y luego con una tesis sobre Ernest Hemingway me había graduado en Letras en la universidad, algo práctico que hice mientras estudié Derecho; y ese libro era una tentativa de incorporar el personaje de Nick Adams de los primeros cuentos de Hemingway a la realidad peruana. Fui muy feliz en esa época en París escribiendo ese libro de cuentos; desgraciadamente un día, un poeta peruano, un gran amigo de aquella época, pasó por París y me dijo que esos cuentos valían la pena y que había que publicarlos. Recordé el título cuando vi el libro publicado de un cuento de Hemingway que se llamaba «La corta vida feliz de Francis Macond», sentí al ver mi primer libro publicado que había terminado mi corta vida feliz y que debía asumir la espantosa responsabilidad de ser escritor. El libro fue publicado con una mención honrosa en un concurso literario, entonces muy importante, y empezó para mí una vida de escritor; e, inmediatamente, copiando a otro de mis escritores adorados, a Pío Baroja, escribí un cuento que se llamaba «Las inquietudes de Julius», «Las inquietudes de Shanti Andia», «Las inquietudes de Julius». Estaba haciendo, pues, literatura, en el fondo; ese cuento que no debió pasar las diez páginas y que nunca fue contado se convirtió en una novela de 600 páginas que se tituló más tarde *Un mundo para Julius*. Se trazaba un retrato de la oligarquía del mundo en que yo había vivido más o menos; en esa época se da el golpe militar del general Velasco, de la revolución peruana del 68, la reforma agraria del 70, y me sucede algo totalmente inesperado, y es que se me otorga el Premio Nacional de Literatura en el Perú; mi madre fue una persona absolutamente feliz, puesto que Proust vivía en París y fue a recibir el premio en mi nombre, feliz de la vida, cuando el ministro de Educación de entonces dijo que entre el general Velasco, presidente de la República, y Alfredo Bryce habían destruido a la oligarquía peruana. Mi madre fue sacada en camilla y me convertí en una especie de vergüenza prustiana.

Empezó la vida de escritor de Alfredo Bryce, al cual tuve que añadirle el apellido de Echenique, porque mi madre sufrió mucho de que no hubiese puesto su nombre en el primer libro que publiqué con sólo Alfredo Bryce; e incluso me sugirió cambiar y poner Echenique Bryce, porque los Bryce habían vivido siempre un poco aplastados

por los Echenique. Y, finalmente, tomé este nombre de Bryce Echenique y emprendí la tarea de escribir otro libro, *La felicidad ja, já*, un libro en el que hablara con mayor valentía de lo que me había preocupado siempre: la profunda decadencia de una clase social, el mundo absolutamente absurdo en el que yo siempre había vivido, un mundo totalmente anacrónico que se encarnaba en un colegio llamado San Pablo en los primeros cuatro años, después el colegio pasó a ser otra cosa; yo soy un nostálgico de la primera época del colegio, después se volvió un colegio vulgar. Y en *La felicidad ja, já* abordé los temas que más me habían aterrado, el de la locura, la debilidad física, el alcoholismo, el de la destrucción de una clase social a lo largo de una serie de cuentos.

Mientras tanto, curiosamente, la interpretación de *Un Mundo para Julius* había ido cambiando. Por un momento fue la novela de la revolución peruana, posteriormente se convirtió en el canto del cisne de una clase social y las últimas interpretaciones son que se tratan del lamento de un oligarca agonizante. Todo esto ha sido siéndome atribuido, hasta llegar yo a no saber muy bien quién era, qué eran mis obras, que yo iba dejando por allí. Algunas obsesiones empezaban a imponerse en ellas, como es la obsesión de la oralidad. Me ha obsesionado siempre la oralidad como una cosa absolutamente peruana. Yo creo, sigo creyendo, que los peruanos son maravillosos narradores orales y que son seres que reemplazan la realidad, realmente la reemplazan, por una nueva realidad verbal que transcurre después de los hechos. Mi fascinación y mi imagen para explicar esto ha sido siempre el equipo peruano de fútbol. Durante mucho tiempo, esto pasaba como la preocupación de un escritor, como una cosa literaria, pero creo que me he anticipado a verdades nacionales, puesto que sociólogos tan importantes como Abelardo Sánchez León están codificando las cosas que yo dije en conferencias, en charlas, sobre el equipo peruano de fútbol, y sobre lo que yo vivía en el Perú cuando veía jugar a este equipo, en el cual nadie osaba marcar un gol. El equipo peruano era siempre el equipo más elegante, más perfecto, el ganador moral siempre. Cuando no bien recibía la pelota un jugador la pasaba lateralmente, la perdían entre los pies, la metían al hombro, el taco, la cabeza, etc., pero siempre lateralmente y jamás de frente. Eramos siempre derrotados. Todas estas cosas han sido para mí muestras de que no me equivocaba, de que mi apuesta no era tonta, y que después de aquel partido de fútbol en que habíamos perdido por seis goles a cero, salíamos del estadio, salía la gente, yo era un observador del mundo peruano, era un ser excluido, nunca pude conversar con el pueblo peruano, siempre se reían de mí, había algo que hacía que yo hablara como en otro idioma, pero me iba a los mismos sitios, a los mismos cafés, a los mismos bares, y escuchaba cómo empieza el maravilloso relato oral: si Valeriano López hubiese tomado la pelota y hubiese pasado la pelota, gol peruano. Todos los partidos se ganaban después. Esto para mí fue una obsesión y quise llevar a mi literatura esa oralidad, esa capacidad de arreglar la realidad, de burlarse de ella finalmente, de recuperarla, de ser el observador que se observa a sí mismo, observando, y de añadirle un toque de humor a esto, porque también pienso que el humor en el Perú es un elemento importantísimo para soportar una realidad insostenible. Fue así como las primeras características de mi literatura fueron esas. Yo era un escritor que había traído a la literatura peruana la oralidad, que no había existido prácticamente antes que yo, por otro lado el humor, a una literatura que